

ARTICULOS

El espíritu cooperativo

POR

JOSE MARIA CIURANA FERNANDEZ

Se habla mucho, y se escribe aún más, sobre el espíritu cooperativo. En realidad, todo verdadero cooperador debe llevarlo dentro de sí. No se explica la Cooperación sin espíritu cooperativo. Cuando falta éste, entonces nos encontramos ante las falsas Cooperativas, sociedades de tipo egoísta la mayor parte de las veces, que sólo conducen a la desorientación, desde el punto de vista doctrinal, dando lugar a formas mixtas, híbridas, de difícil clasificación.

Si se observa que la Cooperación triunfa en un país determinado, gracias al entusiasmo de los que la defienden, puede afirmarse sin género de dudas que existe tal espíritu y que está lo suficientemente desarrollado para poder producir tan magníficos resultados; todo lo contrario de lo que ocurre allí donde la Cooperación todavía continúa en estado embrionario y sin dar señales de vitalidad.

El espíritu cooperativo se da especialmente en las personas soñadoras y reformistas (a las que muchos llamarán utópicas), porque son las únicas capaces de prestar su entusiasta ayuda desinteresadamente para la realización de un fin algo ambicioso, cosa difícil de conseguir entre la gran masa de población. De aquí que, comúnmente, sólo sea patrimonio de una minoría, la minoría que siempre encontramos al frente de todo movimiento.

Si queremos buscar las características de este espíritu cooperativo, hemos de hacer ante todo algunas exclusiones que podrían engañarnos acerca del mismo. Primeramente hemos de prescindir de lo que no es más que una simple preferencia ego-céntrica. De la misma forma que cantamos las excelencias de «nuestro» reloj, «nuestra» ciudad natal, «nuestro» equipo de

fútbol y nos preocupamos en hallar aquellas «buenas razones», de que nos habla James Harvey Robinson (1), para defender a todo trance «nuestras» opiniones sobre tal o cual particular, así también, a veces, defendemos a «nuestra» Cooperativa solamente por esto: porque la tenemos como cosa propia, de la misma forma que el Ateneo cultural o las entidades deportivas a que pertenecemos.

El que quiere a «su» Cooperativa, pero no está dispuesto a hacer nada por la Cooperación, posee un falso espíritu cooperativo. De este mal padecieron las antiguas Cooperativas de consumo en Cataluña y por esto no llegaron a progresar de una manera tan brillante como en otras partes. Muchas personas están dispuestas a grandes sacrificios con tal de que «su» Cooperativa siga adelante; pero este entusiasmo es muy limitado y localista. Quieren a tal Cooperativa porque está situada en su barrio, porque de pequeños ya iban a comprar a ella, porque sus amigos y conocidos forman también parte de la misma. Son celosos de su independencia y de aquí que se opongan a toda fusión, aunque esto signifique impedir el desarrollo de la Cooperación y el que ésta pueda desempeñar un papel de alguna importancia en el terreno económico y social. No les interesa el progreso de la Cooperación, sino solamente que su Cooperativa pueda seguir desenvolviéndose normalmente. Esto es muy parecido a aquel que va a los partidos de fútbol no por verdadera afición a este deporte, sino sólo y exclusivamente para ver triunfar a su equipo. No es en estas personas en donde hay que ver reflejado el verdadero espíritu cooperativo, aunque su entusiasmo puede ser muy provechoso para la prosperidad de la Cooperativa a que pertenecen.

Tampoco lo tiene el que entra en una entidad de esta naturaleza con la intención de ahorrarse unas pesetas o de conseguir una mejor venta de los géneros que produce. En muchas Cooperativas, especialmente en la agricultura, en la industria, en las que engloban a pequeñas y medianas empresas, cada cual trabaja y actúa en favor de la entidad de que forma parte con el sólo y exclusivo fin de mejorar los rendimientos crematísticos de su actividad o de su empresa. Naturalmente que todo esto no nos interesa desde el punto de vista auténticamente cooperativo. El preocuparse solamente de fines particulares y egoístas, sin aten-

(1) *The Mind in the Making* Jonathan Cape, London, 1923, página, 59.

der a otras consideraciones de tipo más elevado, no puede ser nunca Cooperación, por mucho que se emplee el voto democrático o el retorno del exceso de percepción a proporción de las operaciones efectuadas. El ir detrás del beneficio económico, sin cualquiera otra consideración, es lo característico del capitalismo y de esta forma no se hará Cooperación, aunque las sociedades figuren inscritas en el Registro Oficial de Cooperativas. Como en tantos casos, el simple cumplimiento de unos formulismos externos no puede ser suficiente para fundamentar unos principios o una doctrina.

El espíritu cooperativo puede caracterizarse con diversos rasgos, que dependerán, naturalmente, del concepto que se tenga de la Cooperación. El verdadero, el tradicional, el que sigue los pasos de Rochdale y se nutre de las enseñanzas de Charles Gide y la Escuela de Nimes, el que se entusiasma ante las magníficas realizaciones de los cooperadores finlandeses, ingleses o suecos, el que modernamente sigue siendo defendido por personas de tanto prestigio intelectual como Georges Laserre, podríamos caracterizarlo de la siguiente manera:

1.º Por la creencia de que la Cooperación constituye un sistema económico nuevo y mucho mejor de los que actualmente conocemos (especialmente si lo comparamos con el sistema capitalista);

2.º De que es necesario propagar y difundir la Cooperación; y

3.º De que todos debemos colaborar y ayudar en esta labor difusora no sólo para sacar un mejor rendimiento económico de las cosas con fines personales y exclusivistas, sino, sencillamente, para que también los demás puedan beneficiarse de la instauración de un nuevo orden económico-social que consideramos mejor y más justo.

El espíritu cooperativo supone e implica que el cooperador ha de estar impregnado de un amplio sentido social; de un afán de trabajar para mejorar las estructuras y los sistemas. Sin este espíritu altruista no puede hablarse nunca de verdadera cooperación. Esto es algo que todavía muchas personas no han sabido comprender, y de aquí que se asombren y duden cuando se les dice que el que sólo se preocupa de llenarse los bolsillos y de reforzar las reservas de su cartera, no se comporta como un verdadero cooperador. Y conste que esto es lo primero que debiera saber todo aquel que quisiera estudiar la esencia de los principios cooperativos.

Por esto, igualmente, no nos cansaremos de insistir en la ne-

cesidad de que todas las Cooperativas, absolutamente todas, con balances positivos, dediquen una parte más o menos importante de sus excedentes para la propagación del ideal cooperativo. Sólo así se demostrará de veras que se es cooperador; que se tiene interés en contribuir a la difusión de las ideas que se defienden.

El verdadero cooperador propaga la cooperación esté donde esté y se alegra cuando se entera de sus éxitos en cualquiera que sea el campo de las actividades humanas. Se siente miembro de una gran familia que, sin saber de razas, de países ni de fronteras, se afana por conseguir un orden económico y social más humano y más cristiano. Los constantes triunfos en el campo cooperativo los siente como propios. Sabe que cada paso hacia adelante supone contribuir a barrer una injusticia, dificultar el parasitismo social y la explotación del hombre por el hombre. Se entusiasma cuando lee que el almacén al por mayor de Manchester está hoy día considerado como la mayor empresa privada de Inglaterra, explotando unas 200 fábricas de toda clase, con una flota de navíos propia y empleando en total a unos 60.000 trabajadores; cuando se entera de que Islandia es el país más cooperatizado del mundo, pues el 67 por 100 de la población se halla ya dentro de las Cooperativas de consumo (2); de que la «London Cooperative Society» tiene más de 1.200.000 socios; de que la «Kooperativa Förbundet» sueca ha llevado a cabo una formidable lucha contra las empresas capitalistas monopolistas con gran éxito en beneficio de su país y de los consumidores, y, en fin, que la Cooperación es practicada en la mayor parte de las naciones del mundo, beneficiándose de ella más de 300 millones de familias.

El que cree en la Cooperación no se desanima ni se atemoriza ante los reveses y dificultades con que tropieza en la práctica para desenvolverse en determinados países. No claudica ni renuncia a la posibilidad de un ensayo cooperativo. No se desalienta cuando teóricos eminentes quieren empuqueñecerla y reducirla a un «sector cooperativo» que cada vez parece que se nos va quedando más insignificante a fuerza de quererlo estudiar y precisar. No renuncia a la acción ni se cruza de brazos ante tantos escritores modernos que, llenos de superficialidad y olvidándose de las enseñanzas de los antiguos y tradicionales

(2) Georges Lassere: *La Coopération*, de la colección «Que sais-je?», París, 1959, págs. 32 y 36.

valores de la Cooperación, defienden unos principios erróneos y presentan como Cooperativas a entidades de tipo egoísta que no tienen nada que ver con las realmente auténticas.

En fin: el espíritu cooperativo se halla tan sólo en los hombres que tienen el temple de los de Rochdale; que sueñan con un mundo mejor mirando hacia muy lejos; pero que al propio tiempo saben poner en práctica las medidas necesarias para obtener algunos resultados positivos y así ir preparando las nuevas estructuras económicas y sociales que sustituirán a las antiguas, que hoy se consideran ya como inoperantes y caducas.